

mada rompiendo á reir como un muchacho, ávido de bromas.

—No—replicó Donoso, levantándose despacio, como quien acaba de cumplir un alto deber social,—no hago más que señalar una solución conveniente; no hago más que decir al amigo lo que entiendo razonable, y eminentemente práctico.

Salieron juntos, y aquel día no hablaron más de casorio. Pero antes de que concluyera la semana, D. Francisco se mudó á su amplísimo principal de la calle de Silva.

#### XIV

Había él oído mil veces *el casa lo casa quiere*; pero nunca oyó que por el simple hecho de tener casa debiera un cristiano casarse. En fin, cuando Donoso lo decía, su poco de razón habría seguramente en ello. Las noches que siguieron á aquella memorable conversación, estuvo el hombre receloso y asustado en la tertulia de las señoras del Aguila. Temía que D. José saliese allí con la tecla del casorio, y francamente, si llegaba á sacarla, de fijo el aludido se pondría como un pimiento. De sólo pensarlo, le subían vapores á la cara. ¿Por qué le daba vergüenza de oirse interrogar sobre nuevas nupcias delante de Crucita

y Fidelita? ¿Acaso le había pasado por las mientes ahorcarse con alguna de ellas? Oh, no, eran demasiado finas para que él pretendiese tal cosa, y aunque su pobreza las bajaba enormemente en la escala social, conservaban siempre el aquel aristocrático, barrera perfumada que no podía salvar con todo su dinero un hombre viejo, groserote y sin principios. No, nunca soñó tal alianza. Si alguien se la hubiera propuesto, el hombre habría creído que se reían en sus barbas.

Una noche, Cruz le habló de Valentinico, y las dos hermanas mostraron tal interés en saber pormenores de la vida y muerte del prodigioso niño, que Torquemada no paró de hablar hasta muy alta la noche, contando la triste historia con sinceridad y sin estudio, en su lenguaje propio, olvidado de los terminachos que se le caían de la boca á Donoso, y que él recogía. Habló con el corazón, narrando alegrías de padre, las amarguras de la enfermedad que le arrebató su esperanza, y con calor y naturalidad tan elocuentes se expresó el hombre, que las dos damas lloraron, sí, lloraron, y Fidelita más que su hermana; como que no hacía más que sonarse, y empujar el pañuelo en los ojos. Rafael también oyó con recogimiento lo que contaba D. Francisco; pero no lloraba, sin duda por no ser



propio de hombres, ni aun ciegos, llorar. Él sí que echaba unos lagrimones del tamaño de garbanzos, como siempre que alguien refrescaba en su espíritu la fúnebre historia.

Y para que se vea cómo se enlazan los hechos humanos, y cómo se va tegiendo esta trenza del vivir, aquella noche, paseándose en su cuarto delante del altarito con las velas encendidas, no podía pensar más que en las dos damas gimoteando por la memoria del pobre Valentinico, y en la circunstancia notoria de que Fidela había llorado más que Cruz, pero más. Bien lo sabía ya el chiquillo, sin que su padre se lo dijera. Acostóse D. Francisco ya muy tarde, cansado de dar vueltas y de hacer garatusas delante del bargueño, cuando en medio de un letargo oyó claramente la voz del niño. «¡Papá, papá!...

—¿Qué, hijo mío?—dijo levantándose de un salto, pues casi siempre dormía medio vestido, envuelto en una manta.

Valentín le habló en aquel lenguaje peculiar suyo, sólo de su padre entendido, lenguaje que era rapidísima transmisión de ojos á ojos.

«Papá, yo quiero resucitar.

—¿Qué, hijo mío?—repitió el tacaño sin entender bien, restregándose los ojos.

—Que quiero resucitar, vamos, que me da la gana de vivir otra vez.

—¡Resucitar... vivir otra vez... volver al mundo!

—Sí, sí. Ya veo lo contento que te pones. Yo también, porque, lo que te digo, aquí se aburre uno.

—¡Según eso, te tendré otra vez conmigo, pedazo de gloria!—exclamó Torquemada, sentándose, ó más bien cayéndose sobre una silla, cual si estuviera borracho perdido.

—Volveré á ese mundo.

—Resucitando, como quien dice, al modo que Jesucristo; saliéndote tan guapamente de la sepulturita perpétua que... me costó diez mil reales.

—Hombre, no, eso no podría. ¿Tú que estás pensando? Salir así... ¿cómo dices? ¿grande y con el cuerpo de cuando me morí?... Quitáte. Así no me dejan...

—Pues así, así debe ser. ¿Quién se opone? ¿El Grandísimo Todo? Ya, ya veo la tirria que me tiene por si digo ó no digo de él lo que me da la gana, ¡ñales! Pero conmigo que no juegue...

—Cállate... El Señor Grandísimo es bueno y me quiere. Como que me deja hacer en todo mi santísima voluntad, y ahora me ha dicho que me salga de este elemento, que me vaya contigo para convertirme y quitarte de la cabeza tus herejías endemoniadas.



—¿Y vienes á este elemento?—murmuró Torquemada, hecho un ovillo, la cabeza entre las piernas.

—Al elemento de la Humanidad bonita. Pero me da risa lo que tú piensas, padre. ¡Creer que salgo de la fosa con mi cuerpo de antes! ¿Estamos en los tiempos de la Biblia? No y no. Entérate bien: para ir allá, tengo que volver á nacer.

—¿Volver á nacer?

—Verbigracia, nacer chiquitín, como se nace siempre, como la otra vez que nací, que no fué la primera, digo que no fué la primera ¡ñales!

—Entonces, hijo mío... me vestiré... ¿qué hora es? Iré á avisar al comadrón, D. Francisco de Quevedo, calle del Ave María.

—Todavía no... ¿Qué prisa hay? Pues apenas falta tiempo para eso. Tú estás tonto, padre.

—Sí que lo estoy. No sé lo que me pasa. Ya me parece que despunta el día. Las velas alumbran poco, y no te veo bien la cara.

—Es que me borro, yo no sé que tengo que me borro. Me voy volviendo chiquitín...

—Espérate... ¿Y tu mamá, dónde está? (Al decir esto, Torquemada, tendido cuan largo era en medio de la estancia, parecía un muerto.) Se me figura que la he sentido gritar...

Lo que dije: empiezan los dolores; hay que avisar.

—No avises, no. Estoy tan chiquitín que no me encuentro. No tengo más que el alma, y abulto menos que un grano de arroz.

—Ya no veo nada. Todo tinieblas. ¿Dónde estás? (En esto se arrastraba á gatas por el cuarto.) Tu mamá no parece. La traía yo en el bolsillo, y se me ha escapado. Puede que esté dentro de la caja de fósforos... ¡Ah, pícaro! la tienes tú ahí, la escondes en el bolsillo de tu chaleco.

—No, tú la tienes. Yo no la he visto. El Grandísimo Todo me dijo que era fea...

—Eso no.

—Y vieja.

—Tampoco.

—Y que no sabía cómo se llamaba, ni le hacía falta averiguarlo.

—Yo sí lo sé; pero no te lo digo.

—Tiempo tengo de saberlo.

—Partiendo del principio de que sea quien tú crees...

—No se dice así, papá. Se dice: en el mero hecho de que sea...

—Justo: en el mero hecho: se me había olvidado el término... Pues si es, que sea, y si no es, que no sea... Será otra.

Púsose en cuclillas con gran dificultad, y



sobándose los ojos miraba con estupefacción el altarito, diciendo: «¡Qué cosas me pasan!» Valentinico no replicaba.

«Pero es verdad que...?—le preguntó don Francisco, que se había quedado solo.—Tengo frío. Me salí de la cama sin echarme el chaquetón, y no tendrá maldita gracia que coja una pulmonía. Lo que haría yo ahora es tomar algo, *por ejemplo*, migas ó unas patatas fritas. Pero á estas horas, ¿cómo le *planteo* yo á Rumalda la *cuestión* de que me haga el almuerzo?... Juraría que mi hijo quiere nacer y que me lo ha dicho... Pero yo, triste de mí, ¿cómo lo *nazgo*?... Me volveré á la cama, y dormiré un poco si puedo. Todo ello será una suposición, un *mero hecho*. Le contaré á Donoso lo que me pasa, y resuelva él mismamente esta... *hipoteca*, digo, *hipótesis*, que es como decir lo que se supone. Para que mi hijo nazca, se necesita en primer término una madre, no, en primer término un padre. D. José quiere que yo sea padre de familia, como quien dice, señor de muchas circunstancias. Ya le veo las cartas al señor de Donoso, que me estima, sí, me estima... Pero no puede ser. Dispense usted, amigo mío; pero no hay forma humana de que se realice ese... ¿cómo se dice? ah! sí... *desideratum*. Yo le agradezco á usted mucho el *desideratum*, y estoy muy en-

vanecido de saber que... muy satisfecho, y á la verdad, también tengo yo unas *miajas de desideratum*... pero hay una barrera... eso de las clases. Pronto se dice que no hay clases; pero al decirlo, las dichas clases saltan á la vista, y le dejan á uno corrido... Dispénsame, D. José, dispénsame: pídamle usted lo que quiera, la Biblia en pasta; pero no me pida eso. La idea de que me digan: «So! vete de ahí, populacho, que apestas», me subleva y me pone á morir. Y no es que yo huela mal. Bien ve usted que me lavo y me aseo. Y hasta el aliento, que según me decía doña Lupe tiraba un poco para atrás... se me ha corregido con la limpieza de la boca..., y desde que me quité la perilla que parecía un rabo de conejo, tengo mejor ver. Dice Rumalda que me parezco algo á O'Donnell cuando volvía del Africa... En fin, que por lo físico, no hay caso. Tengo para mí que *en igualdad de circunstancias*, sería yo el preferido; es decir, si yo fuera más fino y de nacimiento y educación más *compatibles*... Pero no, no soy *compatible*, no caso, no ajusto... Mi corteza es muy dura, áspera y picona como lija... No puede ser, no puede ser.

Pasado algún tiempo, se agitó en la cama, diciéndose con sobresalto: «¿Apostamos á que he roncado? Sí, ronqué... Me oí soltar un pi-



porrazo como los de los funerales... Esto sí que es gordo... Y yo pregunto: El Sr. Donoso, que es hombre tan fino, ¿roncará? Y aquellas delicadísimas señoras... ¡por vida del Todísimo! ¿roncarán?

## XV

A causa de la mala noche, estuvo destemplado y ojeroso toda la mañana siguiente; y por la tarde se le vió hecho un azacán, persiguiendo gangas de almoneda, para amueblar con decencia dentro de la economía, su nueva casa. No compró cama de matrimonio, porque ya la tenía, y de palosanto, adquirida por doña Silvia en un precio bajísimo. Y como Ruiz Donoso se tomaba la confianza de asesorarle en aquellos árdulos asuntos, aun antes de que D. Francisco le pidiera su leal parecer sobre ellos, resultó que fueron comprados multitud de objetos pertinentes al uso de señoras distinguidas, algunos tan extraños, que no sabía Torquemada para qué demonios servían. Como adquirido en liquidaciones diferentes, por embargo, quiebra ó defunción, el mueblaje era de lo más heterogéneo que imaginarse puede. Pero la casa iba resultando elegante, de rico y señoril aspecto. Imposible que dejase de hablarse de ella en la tertulia de

las del Aguila: Cruz pedía informes, se hacía explicar y describir todos los trastos, expresando opiniones discretísimas sobre la necesaria armonía entre la comodidad y la elegancia.

Una de aquellas tardes (debió de ser pocos días después de la mudanza) fueron de paseo Torquemada y su modelo, charlando de negocios. A la vuelta del Retiro por el Observatorio, saltó la conversación á lo del pleito, y D. José, parándose en firme, expresó una opinión optimista acerca de él; mas luego venían los peros, una cáfila de inconvenientes que quitaban todo su efecto á la primera afirmación. Había que gastar mucho, y como las señoras carecían de posibles, quizás... *y sin quizás*, tendrían que abandonar su derecho por falta de medios para demostrarlo. ¡Qué pena! ¡Una cosa tan clara! Él había agotado en obsequio de sus buenas amigas toda su actividad, todas sus relaciones, y por fin, su corto peculio. Y no le pesaba, no. ¡Eran tan dignas ellas de que todo el mundo se sacrificara por servirles, y sacarlas de su horrorosa situación! Pero ésta ¡ay! empeoraba hasta el punto de que las señoras y su infeliz hermano tendrían pronto que pedir plaza en un asilo de mendicidad: ya no poseían renta alguna, pues lo último que restaba de una lámina in-



transferible, bocado á bocado se lo habían ido comiendo; ya no tenían nada que vender, ni que empeñar. Por mi parte—añadió descorazonado y casi á punto de romper en llanto,—he hecho cuanto humanamente podía. Los gastos del pleito absorben los tres cuartos de mi paga, y héteme aquí imposibilitado de ir más adelante, Sr. D. Francisco. Habrá que abandonar á los pobres náufragos, pues ni agarrándolos por los cabellos se les puede sacar á flote. Me voy temiendo que Dios se ha empeñado en ahogar á esa digna familia, y que todos nuestros esfuerzos por salvarla son inútiles. Dios lo quiere, y como dueño absoluto de vidas y haciendas, lo hará.

—Pues no lo hará—dijo Torquemada bravamente, soltando un terno, y reforzándolo con fuerte patada.

—¿Y qué podremos nosotros contra los designios...?

—¡Qué *desinios* ni qué...! (aquí una palabra que no se puede copiar.) Las señoras ganarán el pleito.

—Oh! sí... Pero... garantíceme usted que llegaremos á la sentencia. Yo confío en la rectitud del Consejo de Estado; pero de aquí á que el pleno falle, hay una tiradita de tiempo y de gastos, en la cual nos veremos obligados á abandonar el asunto.

—No se abandonará.

—¿Usted...?

—Yo, yo. *Héteme aquí* diciendo: adelante con los faroles y con el litigio. Pues no faltaba más.

—Eso varía... Concretemos: usted...

—Yo, si señor, yo, Francisco Torquemada, ordeno y mando que se pleitee. ¿Qué hace falta? ¿Un abogado de los gordos? Pues á él. ¿Qué más? ¿Levantar un monte de papel sellado? ¡Pues hala con él!... Nada de abandono. O hay corazón ó no hay corazón. ¿Está claro el derecho? Pues saquémoslo por encima de la cabeza del mismísimo Cristo.

—Bueno... Me parece muy bien—dijo Donoso agarrando á su amigo por el brazo, pues en el calor de la improvisación, á punto estuvo de que le cogiera un carruaje de los que en tropel bajaban del Retiro.

Emprendieron la caminata por el paseo de Atocha, hacia el Prado, á la hora en que los faroleros encendían el gas, y en que los paseantes á pié y en coche regresaban en bandadas en busca de la sopa. Allá por el Museo vieron un hormigueo de luces en el Prado, y les dió en la nariz tufo de aceite frito. Era la verbena de San Juan. Ya comenzaba el bullicio, y por evitarlo, subieron los dos respetables amigos por la Carrera, charlando sobre lo



mismo, parándose á ratos, para poder expresar con cierto reposo las graves cosas que les salían del cuerpo. «Conformes, Sr. D. Francisco—dijo Donoso allá frente á los leones del Congreso.—Permítame que le felicite por su delicadeza, virtud de la cual veo en usted uno de los ejemplos más raros. He dicho delicadeza, y añado abnegación, porque abnegación grande se necesita para hacer frente á tales dispendios, sin... vamos, sin obtener ninguna ventaja... Si usted me lo permite, le diré que me parece mal, pero muy mal. (Torquemada no chistaba)... Digo que no me parece bien, y que usted, modesto en demasía, no se aprecia en lo que vale. Le basta con la gratitud de las señoras, y francamente, no veo paridad entre la recompensa y el servicio. Y no es que sea yo muy positivista... es que me duele verle á usted achicarse tanto...

Como D. Francisco no rezongaba, clavados sus ojos en el suelo, cual si tomara nota de las rayas de las baldosas, arrancóse el otro á mayores claridades, y allá por la esquina de Cedaceros, paróse otra vez en firme, y con gallardía rasgó el velo en esta forma:

«Ea, basta de jugar á la gallina ciega con nuestras intenciones, Sr. D. Francisco. ¿Para qué hacemos misterio de lo que debe ser claro como la luz? Yo le adivino á usted los senti-

mientos. ¿Quiere que le describa el estado de su ánimo?

—¿A ver...?

—Pues desde que tuve la honra de hablarle de un delicado asunto... vamos, de la conveniencia de tomar estado, la idea ha ido labrando en usted... ¿Es ó no cierto que desde entonces no cesa usted de pensar en ello noche y día...?

—Es ciertísimo.

—Usted piensa en ello; pero su descomunal modestia le impide tomar una resolución. Se cree indigno, ¡oh! siendo, por el contrario, digno de las mayores felicidades. Y ahora, cuando planteamos la cuestión de sacar adelante el pleito famoso, ahora, cuando usted se dispone á prestar á esa familia un servicio impagable, su delicadeza viene á remachar el clavo, porque si antes se sentía usted cohibido como diez, ahora lo está como doscientos mil, y no cesa de atormentarse con este argumento, que es un verdadero sofisma: Yo que me creo indigno de aspirar á la mano *etcétera*... ahora que, por venir las cosas rodadas, les presto este servicio *etcétera*, menos puedo pensar en casorio, porque creerían ellas y el mundo *etcétera*, que vendo el favor, ó que compro la mano *etcétera*... ¿Es esto, si ó no, lo que piensa el amigo Torquemada?



—Eso mismísimo.

—Pues me parece una tontería mayúscula, Sr. D. Francisco de mi alma, que usted sacrifique sentimientos nobilísimos ante el ídolo de una delicadeza mal entendida.

Dijo esto con tanta gallardía, que á Torquemada le faltó poco para que la emoción le hiciera derramar lágrimas.

«Es que... diré á usted... yo... como soy así... no me ha gustado nunca ser *mayúsculo*, vamos al decir, picar más alto de lo que debo. Ciertamente soy rico; pero...

—¿Pero qué?

—Nada, no digo nada. Dígaselo usted todo...

—Ya sé lo que usted teme: la diferencia de clases, de educación, los timbres nobiliarios... todo eso es música en los tiempos que corren. ¿Se le ha pasado por las mientes que sería rechazado...?

—Sí señor... Y este cura, aunque de cepa humilde, y no muy fuerte en finuras de sociedad, porque no ha tenido tiempo de aprenderlas, no quiere que nadie le desprecie ¡cuidado!

—Y la pobreza de ellas le cohibe más, y dice usted: «no vayan á creer que porque son pobres, les hago la forzosa...

—Justo... Parece que anda usted por den-

tro de mí con un farolito, registrando todas las incumbencias y *sofismas* que me andan por los rincones del alma.

Aproximábanse á la Puerta del Sol, donde habían de separarse, porque Donoso vivía hacia Santa Cruz, y el camino de Torquemada era la calle de Preciados. Fué preciso abreviar la conferencia, porque á entrambos les picaba la necesidad, y en su imaginación veían el santo garbanzo.

«No hay para qué decir—indicó Donoso,—que he hablado por cuenta propia antes y ahora, y que jamás, jamás, puede creerlo, hemos tocado esta cuestión las señoras y yo... Debo recordar, además, que la pobre doña Lupe, que en gloria esté, abrigaba este proyecto...

—Sí que lo abrigaba—replicó D. Francisco, encantado de la frase *abrigar un proyecto*!

—Algo me dijo á mí.

—Y á mí. Como que me volvió loco el día de su defunción.

—En ella debió de ser manía, y me consta que indicó á las señoras...

—Las cuales no me conocían entonces.

—Justo; ni yo tampoco. Ahora, nos conocemos todos, y yo, amigo D. Francisco, me voy á permitir...

—¿Qué cosa?

—Me voy á permitir proponer á usted que



ponga el asunto en mis manos. ¿Cree que seré buen diplomático?

—El mejor que ha echado Dios al mundo.

—¿Cree que sabré dejar á salvo la dignidad de todos en caso de aceptación, y en caso de repulsa?

—Pues qué duda tiene?

—Ea... No hay más que hablar por ahora. Adiós, que es tarde.

Se despidió con un fuerte apretón de manos, y no había andado seis pasos, cuando D. Francisco, que perplejo quedó en la esquina de Gobernación, sintióse asaltado de una duda punzante... Quiso llamar á su amigo; pero éste se había perdido ya entre la muchedumbre. El tacaño se llevó las manos á la cabeza, formulando esta pregunta: «Pero... con cuál?» Porque Donoso hablaba siempre en plural: *las señoras*. ¿Acaso pretendía casarle con las dos? ¡Demonio, la duda era para volver loco á cualquiera! Lanzándose intrépido en el torbellino de la Puerta del Sol, y haciendo quiebros y pases para librarse de los tranvías y evitar choques con los transeuntes, interrogaba mentalmente la esfinge de su destino: «¿Pero con cuál, ¡ñales! con cuál...?»

## XVI

Le faltó ánimo aquella noche para acudir á la tertulia; porque si á D. José le tentaba el demonio y *planteaba la cuestión* allí, cara á cara, ¿debajo de qué silla ó de qué mesa se metería él? Y no se achicaba, no: después de lo hablado con Donoso, tan hombre era él como otro cualquiera. ¿Pues qué, el dinero, la posición, no suponen nada? ¿No se compensaba una cosa con otra, es decir, la democracia del origen con la aristocracia de las talegas? ¿Pues no habíamos convenido en que los santos cuartos son también aristocracia? ¿Y acaso acaso las señoritas del Aguila venían en línea recta de algún Archipámpano, ó del Rey de Babilonia? Pues si venían que vinieran. El cuento era que á la hora presente no tenían sobre qué caerse muertas, y su propiedad era... lo que las personas bien habladas llaman *un mito*,... un pleito que se ganaría allá para la venida de los higos chumbos. ¡Ea, nada de repulgos, ni de hacerse el chiquitín! Bien podían las tales darse con un canto en los pechos, que brevas como él no caían todas las semanas. ¿Pues á qué más podían aspirar? ¿Había de venir el hijo mayor del Emperador de la China á pedir por esposa á Cru-



cita, ya llena de canas, ó á Fidelita, con los dientes afilados de tanta cáscara de patata como roía? ¡Ay, ya iba él comprendiendo que valía más de lo que pesaba! ¡Fuera modestia, fuera encogimientos, que tenían por causa el no dominar la palabra y el temor de decir un disparate que hiciera reír á la gente! No se reirían, no, que gracias á su aplicación, ya había cogido sin fin de términos, y los usaba con propiedad y soltura. Sabía encomiar las cosas diciendo muy á cuento: *excede á toda ponderación*. Sabía decir: *si yo fuera al Parlamento, nadie me ganaría en poner los puntos sobre las íes*. Y aunque no supiera, ¡ñales!, su pesquis para los negocios, su habilidad maravillosa para sacar dinero de un canto rodado, su economía, su formalidad, su pureza de costumbres, ¿no valían nada? A ver, que le sacaran á relucir algún vicio. Él ni bebida, él ni mujeres, él ni juego, él ni tan siquiera el inofensivo placer del tabaco. Pues entonces... ¿por qué le habían de rechazar? Al contrario, verían el cielo abierto, y creerían que el Santísimo y toda su corte se les entraba por las puertas de la casa. Razonando de este modo se tranquilizó, llenándose de engreimiento y de confianza en sí mismo. Pero luego volvía la terrible duda: «¿Con cuál, Señor, con cuál?»

En un tris estuvo, por la mañana, que es-

cribiera una esquelita á D. José Donoso, rogándole que le sacara de aquella enfadosa incertidumbre. Pero no lo hizo. ¿Para qué, si pronto había de despejarse la incógnita? Al fin, como las señoras mandaran recado á su casa preguntando por su salud (con motivo de haber hecho rabona en la tertulia de la noche precedente), no tuvo el hombre más remedio que ir. Casi casi lo deseaba. ¡Qué miedo ni qué ocho cuartos! Cada uno es cada uno. Si le rechazaban, ellas se lo perdían. Por mucho que se les subiera á la cabeza el humillo de la vanidad, no dejarían de comprender que de hombres como él entran pocos en libra... ¡Y á fe que estaban los tiempos para reparillos y melindres!... *Sin ir más lejos*, véase á la Monarquía transigiendo con la democracia, y echando juntos un pisolabis en el bodegón de la política representativa. ¿Y este ejemplo no valía? Pues allá iba otro. La aristocracia, árbol viejo y sin savia, no podía ya vivir sino lo *abonaba* (en el sentido de *estercolar*) el pueblo enriquecido. ¡Y que no había hecho flojos milagros el sudor de pueblo en aquel tercio de siglo! ¿No andaban por Madrid arrastrados en carretelas muchos á quienes él y todo el mundo conocieron vendiendo alubias y bacalao, ó prestando á rédito? ¿No eran ya senadores vitalicios y consejeros del Banco muchos que



allá en su niñez andaban con los codes rotos, ó que pasaron hambres por juntar para unas alpargatas? Pues bien: á ese *elemento* pertenecía él, y era un nuevo ejemplo del *sudor de pueblo fecundando*... No sabía concluir la frase.

Esto pensaba al subir la escalera de la casa de sus amigas, casi casi podía decir de sus mujeres, pues no pudiendo discernir en su agitada mente cuál de las dos le tocaría, se le representaba el matrimonio dando una mano á cada una. Abrióle Cruz, que le llevó á la sala, como si quisiera hablarle á solas. «Esto de enchiquerarme en la sala—pensó Torquemada,—me huele á *manifestaciones*. Ya tenemos la pelota en el tejado.

En efecto, Cruz, que había llevado á la salita la lámpara que de ordinario alumbraba la tertulia en el gabinete, le acorraló allí para *manifestarle* con fría urbanidad que el señor de Donoso *les* (¡siempre el plural!) había hablado de un asunto, cuya importancia ni á ellos ni al Sr. de Torquemada se podía ocultar. Inútil decir que las señoras se sentían honradísimas con la... indicación... No era aún más que indicación; pero luégo vendría la proposición. Honradísimas, naturalmente. Agradecían con toda su alma el nobilísimo rasgo... (*ras, ¡o nada menos*) de su noble amigo, y estimaban sus nobles sentimientos (tanta nobleza empalaga-

ba ya) en lo mucho que valían. Mas no era fácil dar respuesta categórica hasta que no pasara algún tiempo, pues cosa tan grave debía mirarse mucho y pesarse... Así convenía á la dignidad de todos. Contestó D. Francisco en frases entrecortadas y rápidas, sin decir nada en substancia, sino que él *abrigaba la convicción de...* y que él había hecho aquellas *manifestaciones* al señor de Donoso, movido de la lástima... no, movido de un sentimiento nobilísimo (ya todos éramos nobilísimos)... que su deseo de ser grato á las señoras del Aguila *excedía á toda ponderación*... que se tomaran todo el tiempo que quisieran para pensarlo, pues así le gustaban á él las cosas, bien pensaditas y bien mediditas... que él era muy sentado, y *evacuaba* siempre despacito y con toda mesura los asuntos de responsabilidad.

Breve fué la conferencia. Dejóle solito un instante la señora, y él se paseó agitadísimo por la angosta sala, otra vez atormentado por aquella duda que ya se iba volviendo del género cómico, de un cómico verdaderamente *sainetesco*. Fué á dar ante el espejo, y al ver su imagen no pudo menos de increparse con saña: «¡Pero hombre, si serás burro que todavía no sabes con cuál ha de ser...! Pedazo de congrio, pregúntalo, pregúntalo, que es ridículo ignorarlo á estas alturas... aunque



también preguntarlo es gran mamarrachada, ¡ñales!

La entrada del Sr. de Donoso puso fin á estas *manifestaciones* internas, y no tardaron los cinco personajes en hallarse reunidos en el próximo gabinete, las señoras próximas á la luz, D. Francisco junto al ciego, y Donoso allá en la marquesita del ángulo, apartado como en señal de veneración, para que sus palabras, teniendo que recorrer un espacio relativamente largo, resonaran con mayor solemnidad. Perdido ya el miedo, Torquemada, si le pinchan, arroja en medio de la noble sociedad su pregunta explosiva: «Con que á ver, sepamos, señoras mías, con cuál de ustedes me voy á casar yo.» Pero no hubo nada de esto, porque ni alusiones remotísimas se hicieron al peliagudo caso, y por más atención que puso, no pudo descubrir el avaro ninguna novedad en el rostro de las dos damas, ni síntoma alguno de emoción. ¡Cosa más rara! Porque lo natural era que estuviese *emocionada* la que... la que *fuese*. En Cruz, únicamente podía observarse un poco de animación; en Fidela, quizás, quizás un poco más de palidez. Amables como siempre las dos señoritas, no le dijeron al pretendiente nada que él no supiera, de lo que dedujo que no les importaba un comino el casorio, ó que di-

simulaban la procesión que les andaba por dentro. Lo que sí pudo notar D. Francisco, fué que á Rafael no hubo medio de sacarle del cuerpo una palabra en toda la velada. ¿Cuál sería el motivo de que estuviese el bendito joven tan tétrico y metido en sí? ¿Tendría relación aquella... ¿cómo se decía?... ¡ah! *actitud*... aquella actitud con el proyectado casorio? Puede que no, porque probablemente nada le habrían dicho sus hermanas.

Cruz siempre afable, guardando la distancia, señora neta y de calidad superior; Fidela más corriente, tendiendo á la familiaridad festiva, con leves atrevimientos, y mayor flexibilidad que su hermana en la conversación. Tales fueron aquella noche, como la anterior, como siempre; mas por lo tocante al *materalismo* de aquel proyecto que alborotaba el espíritu y los nervios de Torquemada, fueron un par de jeroglíficos á cuál más enigmático é indescifrable. Ya le iba cargando á D. Francisco tanto repulgo, tanto fruncido de labios, marcando la indiferencia, y tanto escoger y recalcar las palabras más sosas y que no decían carne ni pescado. Deseaba que terminase la tertulia para salir de estampía y desahogarse con D. José... ¡Ah, gracias á Dios que se acababa al fin! «Buenas noches... Conservarse...» En la escalera no quiso decir na-



da, porque las señoras, que salían de farole-  
ras, podían oír. Pero en cuanto llegaron á la  
calle, cuadróse el hombre, y allí fué el estallar  
de su cólera con la grosería que informaba su  
sér efectivo, anterior y superior á los postizos  
de su artificiosa metamorfosis.

«¿Me quiere usted decir qué comedia de  
puñales es ésta?

—Pero D. Francisco...!

—Si se han enterado, ¡me caigo en la mar!  
¿por qué tanta tiesura? ¡Vaya que ni tan si-  
quiera darle á entender á uno que les retoza  
un poco de alegría por el cuerpo!...

—Pero D. Francisco...!

—Y sobre todo, y esto es lo que más me  
revienta... dígame, dígamelo pronto.. ¿Con  
cuál de las dos me caso?... El demonio me  
lleve, si lo entiendo... ¡Puñales, y la Biblia  
en pasta!

—Moderación, mi querido D. Francisco. Y  
parta del principio de que yo no interven-  
go si...

—Yo no parto de más principio ni de más  
postre, ¡cuerno! si no del saber ahora mismo...

—Con cuál...?

—¡Sí, con *cuála!* Sépalo yo con cien mil  
gruesas de demonios y con la Biblia en pasta..

—Pues... no lo sé yo tampoco todavía. Es-  
tamos en lo más delicado de las negociaciones,

y si no me confirma sus poderes plenos,  
aguardando con moderación y calma lo que  
resulte, me desentiendo, y nombre usted  
otro... legado pontificio (*echándose por lo fes-  
tivo*) ó trate usted directamente con la po-  
tencia.

—¡Mecachis con la potencia! Yo creía... va-  
mos... parecía natural (*calmándose*) que lo pri-  
mero fuera saber cuál es la rama en que á uno  
le cuelgan... De modo que...

—Nada puedo decir aún sobre ese particu-  
lar, cuya importancia soy el primero en reco-  
nocer.

—Apañado estoy... Ya debe comprender  
que tengo razón... *hasta cierto punto*, y que  
otro cualquiera, *en igualdad de circunstancias*...

Al ver que se ponía otra vez la máscara  
de finura, Donoso le tuvo por vencido, y le  
encadenó más diciéndole:

«Repito que si mis gestiones no le acom-  
dan, ahí va mi dimisión de ministro plenipo-  
tenciario...

—Oh, no, no... No la admito, no debo ad-  
mitirla... ¡cuidado! Es más, suplico á usted  
que la retire...

—Queda retirada. (*Palmetazo en el hombro.*)

—Dispénsame, si se me fué un poco la bu-  
rra...

—Dispensado, y tan amigos como antes.



Separáronse en la Red de San Luis, y Torquemada se fué rezongando: aún repercutían en su interior los ecos de la tempestad, mal sofocada por la fascinación que D. José Donoso ejercía sobre él.

## SEGUNDA PARTE

---

### I

Levantábase Cruz del Aguila al amanecer de Dios, y comunmente se despertaba un par de horas antes de dejar el lecho, quedándose en una especie de éxtasis económico, discutiendo sobre las dificultades del día, y sobre la manera de vencerlas ó sortearlas. Contaba una y otra vez sus escasos recursos, persiguiendo el problema insoluble de hacer de dos tres y de cuatro cinco, y á fuerza de revolver en su caldeado cerebro las fórmulas económicas, lograba dar realidad á lo inverosímil, y hacer posible lo imposible. Con estos cálculos entremezclaba rezos modulados maquinamente, y las sílabas de oraciones se refundían en sílabas de cuentas... Su mente volvíase de cara á la Virgen, y se encontraba con el tendero. Por fin, la voluntad poderosa